

LA TRÍADA VETERINARIO-CLIENTE-ANIMAL

La profesión veterinaria presenta una complejidad única en cuanto a las relaciones, ya que, a diferencia de la medicina humana, no se limita a la interacción médico-paciente. En veterinaria, se debe considerar una tríada: veterinario-cliente-animal. El objetivo es garantizar el bienestar y la salud del paciente, pero las decisiones recaen en el tutor. Esta dinámica se asemeja, en cierto modo, al trabajo de un pediatra neonatal, dado que el paciente no puede tomar decisiones, no puede comunicarse verbalmente y depende completamente de sus cuidadores. De hecho, aproximadamente el 43 % de los propietarios consideran a su mascota como un hijo según un estudio¹.

En general, los programas universitarios se centran en el manejo clínico de las enfermedades animales, pero carecen de formación en el manejo emocional y social de las personas, especialmente en momentos difíciles como la enfermedad o el final de la vida de una mascota. A continuación, se analizarán los componentes de esta tríada.

RELACIÓN TUTOR-ANIMAL

La relación entre una persona y su mascota depende de múltiples factores que son su etapa vital, necesidades emocionales y su personalidad. Incluso dentro de una misma familia, los miembros pueden establecer vínculos distintos con el mismo animal, y una persona puede tener una conexión especial con un

animal en particular. Numerosos estudios han documentado los beneficios que las mascotas aportan al ser humano^{2,3}, entre los que se incluyen:

- Mejora del bienestar general y de la percepción de salud.
- Fortalecimiento de las relaciones sociales (como los conocidos “amigos de perros”).
- Desarrollo de emociones positivas como la empatía y la compasión.
- Incremento del estado físico.
- Aumento de la autoestima.
- Mejora del desarrollo cognitivo y atencional.
- Reducción de la sensación de soledad y de los síntomas de depresión en personas aisladas.

Desde la perspectiva de la autora, como veterinaria y tutora de animales, el beneficio más significativo es que las mascotas representan el máximo ejemplo de amor incondicional. Son capaces de llenar muchos vacíos emocionales en la vida humana. La autora las considera como tiritas emocionales que contienen las propias heridas, ya sea la soledad, la necesidad de alegría o el deseo de sentirse amado. Por ello, la relación humano-animal es una fuente importante de bienestar y apoyo emocional, con aplicaciones potenciales en la medicina, la psiquiatría y la terapia asistida con animales⁴.

Hay que pensar, por ejemplo, en una persona mayor que vive sola porque sus hijos han formado sus propias familias. Su mascota no solo le brinda compañía, sino también una razón para salir a la calle, socializar con otros y sentirse útil. Al llegar a casa, esa mascota la acompaña, la cuida, y le proporciona un sentido de propósito. Cuando la mascota fallece, deja un vacío que puede reabrir viejas heridas y acentuar el sentimiento de finitud. Es común escuchar frases como: “mi vida ya no tiene sentido”, “¿para qué sirvo ahora?” o “me siento solo/a”. Un estudio realzó que la pérdida de un animal de compañía puede afectar significativamente la capacidad de una persona mayor para envejecer de forma independiente, aumentando el riesgo de aislamiento social, depresión y deterioro físico⁵.

En estas situaciones, uno se pregunta: **¿se puede medir el amor?**

La historia de Adolfo

“Cuando trabajaba en el centro de radioterapia, una de las cosas que más disfrutaba era escuchar las historias detrás de cada familia. En muchos de los casos, había un trasfondo de agradecimiento, superación o apoyo emocional que el animal había brindado a su tutor.

Recuerdo especialmente la historia de Adolfo, un simpático Bulldog francés que llegó a nuestra clínica para tratarse de un tumor en el cerebelo. Su caso nos conmovió profundamente.

El tutor de Adolfo era un joven de unos 30 años que acudía a la clínica acompañado de su madre anciana, ya que no podía conducir debido a que era manco. Un día nos contó cómo perdió su brazo: tuvo un grave accidente de moto junto a su entonces novia. Él sobrevivió, pero perdió el brazo, mientras que su novia perdió la vida. Adolfo había sido el cachorro de su novia y, por lo tanto, su último recuerdo de ella.

El joven compartió con lágrimas en los ojos que, si pudiera, entregaría su otro brazo para salvar a Adolfo. Impactante y hermoso a partes iguales, ¿verdad? Para este joven, Adolfo no era solo una mascota; era un puente con su pasado y un símbolo del amor que había compartido con su pareja.

Aunque Adolfo superó el tratamiento, vivió solo unos meses más. Su pérdida representó un desafío emocional profundo para su tutor, recordándonos el impacto y el valor que las mascotas tienen en nuestras vidas”.

*“No era más que un zorro semejante a cien mil otros. Pero yo le hice mi amigo
y ahora es único en el mundo»*

El principito

El duelo por la pérdida de una mascota se asemeja profundamente al que se experimenta por la pérdida de un ser humano. En un estudio que comparó los parámetros de sufrimiento en ambos tipos de duelo, se observó que no existían diferencias significativas entre ellos⁶. Si los veterinarios dedicaran más tiempo a conocer la historia que subyace a cada relación humano-animal, se comprendería mejor por qué el vínculo de apego es tan fuerte. Este vínculo es, a menudo, el que lleva al tutor a comprometerse con el veterinario en el tratamiento de su mascota¹.

El vínculo humano-animal no se limita exclusivamente a los animales de compañía tradicionales, como perros y gatos, sino que puede establecerse con cualquier especie. Un ejemplo curioso lo relata un artículo que describe la entrada en un servicio de urgencias de un paciente humano con una hemorragia digestiva grave, acompañado de un pollo moribundo del que no quiso separarse en ningún momento⁷. En caballos, también se ha observado una disminución de la variabilidad de frecuencia cardíaca en presencia de personas conocidas, lo que refleja que el vínculo también existe⁸.

Los animales entienden más de lo que se les suele atribuir. Basta observar su reacción ante palabras como “calle” o “premio”. Son capaces de distinguir más de 80 comandos diferentes⁹. Cuando el cliente menciona la típica frase: “parece que me entiende”, la respuesta de la autora es que las personas también son animales. La convivencia entre especies en la naturaleza es un equilibrio perfecto, y no es una coincidencia que los animales hayan elegido compartir su vida con las personas como compañeros. Según un estudio los perros no solo son capaces de reconocer emociones dentro de su propia especie, si no que pueden identificar emociones humanas mediante la integración de señales visuales y auditivas¹⁰.

Esta relación, además, tiene un impacto mutuo porque afecta tanto a la persona como al animal. Un estudio realizado en Suecia demostró que los niveles de cortisol en perros y sus tutores estaban correlacionados, siendo esta correlación más intensa cuanto más fuerte era el vínculo de apego entre ambos. Es decir, cuanto mayor era el estrés en el propietario, mayor era el estrés observado en el perro¹¹. Incluso el estrés de los tutores puede transmitirse durante un paseo¹². Este contagio emocional también se ha observado con otros aspectos como la angustia o la tristeza¹³. Un estudio exploró como la personalidad del tutor influye en el bienestar y el comportamiento de sus gatos¹⁴. Se encontró que los tutores con niveles altos de neuroticismo tendían a tener gatos con mayor estrés y problemas de comportamiento, mientras que los tutores con altos niveles de extroversión y amabilidad reportaron gatos más sociables y relajados.

Por tanto, los animales no solo son capaces de percibir las emociones humanas, sino que estas pueden influir significativamente en su bienestar¹⁵. Este hallazgo refuerza la comprensión de cómo la ansiedad humana puede

impactar en los animales de compañía, permitiendo desarrollar herramientas más específicas para mejorar el bienestar de ambas partes.

RELACIÓN VETERINARIO-ANIMAL

La profesión veterinaria se distingue por requerir una gran vocación, frecuentemente ligada a sueños de la infancia. La conexión con los animales surge de la pasión por ayudarlos, un sentimiento que inspira a quienes consideran esta labor como la más noble y gratificante. Presumiblemente, si uno se ha dedicado a esta profesión, esta conexión ya es parte de la propia esencia.

Durante los primeros años de ejercicio, es común entregar toda la propia empatía y compasión, experimentando una profunda implicación emocional con cada caso que llega a la consulta. Sin embargo, este alto grado de implicación puede, con el tiempo, derivar en la conocida fatiga por compasión o incluso en el síndrome de *burn-out*, llevando a un estado de congelación emocional caracterizado por la frialdad y la distancia hacia clientes y pacientes. No obstante, no es necesario preocuparse, ya que es posible encontrar un equilibrio saludable, tema que se abordará más adelante en este libro.

El ser humano posee una inteligencia que lo distingue de otras especies y que ha permitido su evolución. Sin embargo, esta capacidad intelectual, en ocasiones, actúa en detrimento de su conexión con las emociones. Durante la formación veterinaria, se adquieren los conocimientos necesarios para tratar enfermedades, estructurando diagnósticos mediante el análisis de raza, edad, síntomas y pruebas. Sin embargo, en ocasiones, esta metodología puede alejar al clínico de una conexión más profunda con el paciente que está frente a él.

Es fundamental preguntarse: ¿qué más se puede percibir observando al animal? ¿se muestra decaído, ansioso o temeroso? Este tipo de observación no es una cuestión esotérica, sino una habilidad que todas las personas poseen, que es la capacidad de intuir, en parte, lo que está experimentando otro ser. Las emociones, al fin y al cabo, son contagiosas. Un ejemplo cotidiano de este fenómeno es cuando se describe un ambiente tenso con expresiones como “se podía cortar el ambiente con un cuchillo”.

Es cierto que, en los primeros años de la profesión, estas conexiones pueden ser más complicadas debido a la inseguridad propia de la inexperiencia

y la necesidad de consolidar conocimientos técnicos. Con el tiempo y la práctica clínica, se empieza a desarrollar una sensibilidad mayor que permite leer más allá de los síntomas, integrando la intuición con el conocimiento adquirido.

Un ejercicio sencillo que puede facilitar este proceso es practicar momentos de silencio interno durante la consulta. Conectar con el propio interior permite percibir mejor lo que el paciente podría estar sintiendo. Preguntas como: “¿qué no encaja en este caso?” o “¿qué prueba se está escapando?” son guías útiles para afinar esta conexión. Invito al lector a integrar este enfoque en sus próximas consultas.

Cuestiones para reflexionar:

- ¿Conectas verdaderamente con tus pacientes?
 - ¿Qué estrategias utilizas para comprender mejor lo que ocurre en el interior de los animales que atiendes?
 - ¿Creas un espacio de silencio entre una consulta y otra?
 - ¿Te has sorprendido pensando en casos anteriores o futuros mientras atiendes a un paciente actual?
 - ¿Qué puedes hacer para centrarte plenamente en las necesidades específicas de cada caso?
-

RELACIÓN VETERINARIO-CLIENTE

Como profesionales veterinarios, es fundamental comprender que una parte crucial de la propia labor radica en transmitir información de manera clara y efectiva a los tutores. La responsabilidad del veterinario incluye recomendar los tratamientos que se consideran más adecuados para el bienestar del animal, una tarea que, sin embargo, no siempre resulta sencilla, dado que estas habilidades comunicativas suelen estar ausentes en la formación académica tradicional.

Cuando un cliente llega a consulta, lo hace, como mínimo, con una preocupación genuina por su animal. En muchos casos, esta preocupación se